

**MOYA, José C.**

***Cousins and Strangers. Spanish Immigrants in Buenos Aires, 1850-1930***

**University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1998, xviii, 568 pp.**

eduardo sáenz rovner \*

José Moya, profesor en el Departamento de Historia en la Universidad de California en Los Angeles, UCLA, nos ofrece este libro sobre la inmigración española en Buenos Aires durante los siglos XIX y XX. El autor señala que, a pesar de la numerosa inmigración de españoles a la Argentina (un poco más de dos millones de inmigrantes entre 1857 y 1930), no se había escrito ni un solo trabajo académico sobre este grupo, uno de los más importantes en la historia de las migraciones modernas en el mundo.

El autor analiza tanto el proceso de emigración en España como la adaptación de los españoles en Buenos Aires. Toma como supuesto básico que los dos fenómenos únicamente se pueden entender si se estudian en su conjunto y que, por tanto, la adaptación al Nuevo Mundo no se puede comprender sin hacer referencia a sus experiencias en el país de origen.

Moya es muy crítico del concepto del *push-pull* para explicar los fenómenos de las migraciones internacionales. El autor entiende la emigración como un fenómeno de difusión e información, una especie de “contagio” por emigrar. Para Moya, esta difusión de la información se constituyó en la base de la construcción de redes y cadenas microsociales que facilitaron las migraciones transatlánticas de finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX.

A su vez, estas migraciones fueron posibles gracias a cinco revoluciones socioeconómicas que se dieron en Occidente. Estas fueron: la revolución demográfica; la revolución liberal en términos ideológicos y políticos, que permitió el libre movimiento de las personas; la revolución agrícola; la revolución industrial; y, finalmente, la revolución en los transportes. Por tanto, las grandes migraciones transatlánticas fueron el resultado de un proceso de modernización que facilitó el movimiento y flujo de capitales, bienes, servicios, tecnologías, ideas y personas. Asimismo, Argentina atrajo millones de inmigrantes como resultado de las cinco revoluciones mencionadas y de la inserción definitiva de esa nación en la economía de Occidente.

Moya estudia los emigrantes de seis áreas españolas: tres en Galicia, como son el puerto de Ferrol y Corcubión en La Coruña, y varios municipios en Pontevedra; Val de San Lorenzo, en la provincia de León en Castilla la Vieja; la población industrial de Mataró cerca a Barcelona; Pamplona y pueblos y villorrios de Navarra en el País Vasco. El estudio de estas localidades le permite al autor tipificar quiénes, por qué y cuándo emigraron a la Argentina.

El autor cuestiona la idea de que la emigración provenía de las áreas más pobres y con mayores desigualdades: todo lo contrario, los emigrantes provenían de las áreas más prósperas igualitarias, y los que emigraban no eran necesariamente los más pobres. “La ambición, no la necesidad”, era lo que motivaba la emigración. Además, era clave la localización estratégica en términos de información y transporte. De ahí que las comunidades de la emigración temprana estuvieran situadas sobre las costas y en los valles cercanos a las mismas.

---

\* Profesora de la Universidad Nacional de Colombia.

El cuidadoso y extenso trabajo empírico le permite a Moya no solamente discutir los temas más generales en la literatura, sino también indicar las diferencias regionales. Compara y explica, por ejemplo, las diferencias entre los emigrantes vascos y gallegos. Entre los primeros, emigraban generalmente hombres jóvenes y solteros; entre los segundos, padres de familia. Esta diferencia obedecía tanto a patrones de herencia de la tierra como a aspectos culturales. En el país vasco se conservaron las tierras comunales y las parcelas no se subdividieron; por tanto emigraron los jóvenes que no recibían herencia. Los gallegos no tenían tierras comunales y la subdivisión de las parcelas obligaba al padre a emigrar para poder sostener a su familia. Desde el punto de vista cultural, había diferentes conceptos de masculinidad y paternidad; mientras que en el país vasco se esperaba que el padre permaneciese en el lugar de origen y hogar (*echea*), entre los gallegos el padre era un aventurero que salía a buscar el sustento en otras tierras.

Moya subraya el peso de la evidencia cuantitativa en vez de la cualitativa para el estudio de la historia social. Para ilustrar este punto, señala el contraste entre la evidencia empírica y la cualitativa en cuanto a los patrones de movilidad social de vascos y andaluces en Argentina. Mientras que la “evidencia” cualitativa tomada de obras de teatro argentinas representa a los vascos como trabajadores serios y a los andaluces como despreocupados y buenavida, la evidencia empírica demuestra que los andaluces fueron más exitosos. Moya explica este fenómeno señalando que los vascos que llegaron a Buenos Aires eran generalmente de origen campesino, mientras que los andaluces provenían de las ciudades, tenían niveles más altos de educación y por tanto se adaptaron al ritmo urbano de Buenos Aires con mayor facilidad.

El desarrollo de mutuales y asociaciones locales de los españoles en Buenos Aires ocupa un lugar importante en esta obra. Moya argumenta que a pesar de las divisiones étnicas y políticas, los españoles construyeron una estructura institucional coherente en Buenos Aires.

El autor señala también las actitudes cambiantes de la elite argentina hacia la inmigración española. Resalta el antihispanismo de Domingo F. Sarmiento y miembros de su generación, que preferían la inmigración protestante del norte de Europa con el fin de “superar” la herencia colonial hispánica. Pero más tarde, en las últimas décadas del siglo XIX y primeras del siglo XX, y ante el aluvión de la inmigración italiana, la inmigración española fue mejor valorada, ya que se suponía que ésta mantendría cierta unidad cultural en la Argentina. Durante estas décadas, se consolidó un prohispanismo que fue común en todo el continente como una respuesta -en buena parte- al expansionismo norteamericano. Este prohispanismo también hacía parte de una ideología antiliberal y reaccionaria más amplia en la Europa latina de la época.

A diferencia de las ciudades norteamericanas, en Buenos Aires la segregación urbana se dio por razones de clase y no por origen étnico. Además, y contrastando con lo que señala la literatura sobre los Estados Unidos, mientras que en Norteamérica a mayores ingresos mayor lejanía del centro de la ciudad, en Buenos Aires los sectores eran más pobres mientras más lejos estuviesen del centro. Moya concluye que el problema de los *ghettos* étnicos pobres en el *inner city* es un asunto específico del desarrollo histórico de las ciudades norteamericanas y no “una etapa inevitable en la modernización urbana”.

El autor analiza el por qué de las diferentes ocupaciones y la movilidad social de los españoles y otros grupos nacionales en la Argentina. Estudiando la movilidad social, el autor desentraña hasta las más tenues divisiones ocupacionales y de clase ayudándonos a entender la formación de las clases sociales en la Argentina. En cuanto a la formación de clases y a la movilidad social en la Argentina, éstas estaban correlacionadas con el estatus ocupacional de los padres. Además, Moya encuentra una fuerte movilidad social intergeneracional (de trabajadores manuales a trabajadores de cuello blanco) entre los españoles en Buenos Aires, mayor que la de los habitantes en un gran número de ciudades norteamericanas y europeas de ese entonces. De ahí que el autor sea muy crítico del “discurso populista hegemónico” que ha presentado la formación de clases y la movilidad social en la Argentina como determinadas por los supuestos “omnipresentes -y aparentemente omnipotentes- oligarcas estancieros”.

Moya realizó un trabajo muy importante en fuentes primarias españolas y argentinas, tales como archivos, censos y estadísticas oficiales. Construyó una base de datos con información muy completa sobre unos 60.000 (!) inmigrantes españoles en la Argentina. El muy sólido trabajo empírico le permite al autor afirmar que “las realidades sociales son más que simples construcciones culturales forjadas *ex nihilo*” y advierte sobre el peligro de que, a veces, “estas últimas puedan, de hecho, nublar o tergiversar las primeras”.

Agrega también que su estudio “confirma la efectividad del método nominativo, eso es, la construcción de biografías colectivas recogidas de una variedad de fuentes y organizadas en bancos de datos informáticos”. Y concluye, “Durante la última década, la historiografía posmodernista le ha restado importancia o ha impugnado este método por sus presuntos supuestos positivistas. Pero - a pesar de la terminología de moda- este reto [posmodernista] antiempírico [simplemente] revive las viejas aproximaciones idealistas que buscaban la verificación en la evidencia impresionista y no en los datos concretos”.

Estas afirmaciones de Moya son muy atinadas. Son aún más pertinentes si las aplicamos a aquella historiografía reciente en nuestro país que se circunscribe a la trivialización de temáticas como las “mentalidades” y la “cultura”, temáticas que trabajadas sin evidencia empírica seria y basadas en una teorización espuria se han convertido en refugio de diletantes.

El libro (producto de al menos una década de trabajo) nos enseña mucho, no sólo sobre los inmigrantes españoles en la Argentina, sino también sobre historia social de España y de Argentina. Además, nos presenta un sólido análisis de la literatura teórica y comparativa sobre las migraciones internacionales y, seguramente, terminará por convertirse en un trabajo clásico en el tema. No en vano, esta obra, publicada hace sólo dos años, ya se ha hecho merecedora a varios e importantes premios académicos en el ámbito internacional.